

LOS GESTOS DE LA MUERTE

Felipe Cerdán Vázquez *

La tarde en que vislumbró su trágico destino Ricardo Rentería caminaba en el centro de la ciudad, llovía, un viento frío surcaba a cada instante el cielo y desaparecía en las calles. Sobre Reforma, Ricardo se quedó cabisbajo, pensativo, vio a varias mujeres caminar sin importarles la lluvia, cubiertas con sus paraguas, sacudían a cada paso la soledad que las torturaba, indiferentes con el tiempo, iban y venían, volviendo de vez en cuando su rostro para mirarse entre ellas, sin la menor señal de asombro, parecían sombras que se desvanecían cada que la lluvia arreciaba, después aparecían de nuevo en su caminar infatigable, hundidas en su mutismo, todo lo observaban serenamente. Ricardo las contempló hasta sentir un vacío, acaso el mismo que aquellas mujeres sentían. La tarde comenzaba a declinar, en su última claridad el horizonte tomó un color gris resplandeciente, la lluvia paró de pronto, y la silueta de las mujeres tomó una realidad concreta, el viento esparcía una sensación de humedad que lo revolvía con el perfume de las mujeres. La noche cayó por completo, Ricardo seguía mirando: unas encendían cigarrillos, otras jugueteaban con sus paraguas, en el cielo la luna bella y enigmática aparecía entre las nubes, como si observara con su morbo milenario. Absorto en aquella atmósfera un tanto irreal, un tanto mágica, Ricardo recordó a Mayra, su compañera, muerta hacía más de un año, recordó su rostro apasible, inerte, que daba la sensación de estar durmiendo, aun cuando en

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

realidad estuviera muerta. El suicidio de Mayra sumió a Ricardo en una serie obsesiva de pensamientos que lo conducían a una depresión constante. Cuando el cadáver fue encontrado en el Lago de Chapala había flotado varias horas hasta que los primeros pescadores la encontraron. La víspera del suicidio, Mayra se despidió de sus amigos para dar un paseo a la orilla del lago, la luna lucía en todo su esplendor, y una música lejana se escuchaba a lo lejos, era una música tétrica, que se introducía por todos los rincones, terminando por sumir en la melancolía a Mayra. Se separó del grupo, mientras todos sus compañeros bebían y bailaban. Entrada la mañana fueron avisados que una de sus compañeras se había ahogado. Todos estos recuerdos e imágenes se acumulaban en la mente de Ricardo conformando su infierno personal, cada día que pasaba iba perdiendo el sentido de las cosas, y aun cuando no se decidía a suicidarse, creó su propia cárcel.

El caminar por las noches pronto se convirtió en una fuga, en una ansia infinita de olvidar una culpa que lo corroía cada segundo de su vida, sentía la necesidad de encontrar la paz, pero ésta le era negada. La tristeza se apoderó de su ser, solamente el caminar por las noches entre gente extraña y prostitutas, le hacía olvidar sus obsesivos pensamientos. Su vida se convirtió en una soledad ardiente y la muerte en un fantasma insistente, en ocasiones lloraba, maldecía a la luna y se embriagaba hasta perder la conciencia.

El día que decidió suicidarse salió a caminar muy temprano, pasó la noche anterior envuelto en atroces

pesadillas, que lo hicieron decidirse a matarse. En su recorrido tomó clara conciencia del acto que iba a cometer, era una mañana tibia y soleada, era sábado, se oía apenas el ruido de la ciudad, caminó varias calles sin rumbo fijo, a su regreso, bebió una copa doble, se sirvió después unos bocadillos, a las dos de la tarde se bañó, volvió a beber unos tragos, cerca de las cuatro de la tarde escribió una carta donde dispuso de sus bienes, y donde curiosamente se confesaba como el culpable del suicidio de Mayra, explicaba que desde que la había conocido, ella escuchaba atentamente sus ideas sobre la muerte, sobre el suicidio, y una serie de ideas que conducían solamente al pesimismo. Por eso aquella noche que Mayra se arrojó al lago, comprendió en el fondo de su ser que él era el culpable de su muerte, que sus palabras ejercieron una influencia progresiva sobre ella hasta destruirla. Finalizó la carta justificando su suicidio como un acto de libertad y justicia, después se dirigió a la ventana, y contempló el horizonte, luego se dirigió al baño, llenó la tina, cogió del botiquín un frasco de pastillas para dormir, las tragó todas, paseó unos minutos en su alcoba, leyó la carta que había escrito, escuchó el ruido monótono de las campanas de la iglesia y salió a contemplar sus torres, regresó al baño, se tendió a lo largo de la bañera completamente vestido, las pastillas comenzaron a hacer efecto, y el calor del agua lo llevó a un sueño cálido y sereno, lentamente su cuerpo se fue deslizando hasta que sus ojos se cerraron antes de que el agua de la bañera cubriera su rostro ajado por la muerte.